

Evolución del papel de las entidades de acción social y del educador social en la atención de los Menores Migrantes no Acompañados

Alicia González

Resumen

El fenómeno de los menores migrantes no acompañados (MMNA) es relativamente reciente en nuestro estado de bienestar, y ha llegado a poner en tela de juicio las premisas de atención a la infancia desamparada. Analizaremos como supuso la reacción de una parte de las entidades de acción social. En concreto veremos cuál ha sido la trayectoria del *Casal dels Infants* para la Acción Social en los Barrios, entidad dedicada a la intervención socioeducativa con colectivos de riesgo en los barrios con mayor vulnerabilidad social. Trataremos de analizar bajo qué premisas y análisis se ha enfocado la intervención, enumerando aquellas necesidades y problemáticas que aún no han conseguido una respuesta social, política y educativa eficiente.

Palabras clave

Categorización social, Contención emocional, Desamparo, Identidad social, Jóvenes sin techo, Menores migrantes no acompañados (MMNA), Menores subsaharianos no acompañados, Polivictimización, Relación de ayuda, Resiliencia, Resocialización, Transición a la autonomía

Evolució del paper de les entitats d'acció social i de l'educador social en l'atenció dels MMNA

El fenomen dels menors migrants no acompanyats (MMNA) és relativament recent en el nostre estat de benestar, i ha arribat a posar en dubte les premisses d'atenció a la infància desamparada. Analitzarem com va suposar la reacció d'una part de les entitats d'acció social. En concret veurem quina ha estat la trajectòria del Casal dels Infants per a l'Acció Social als Barris, entitat dedicada a la intervenció socioeducativa amb col·lectius de risc als barris amb més gran vulnerabilitat social. Mirarem d'analitzar sota quines premisses i anàlisis s'ha enfocat la intervenció, enumerant aquelles necessitats i problemàtiques que encara no han aconseguit una resposta social, política i educativa eficient.

Paraules clau

Categorització social, Contenció emocional, Desempament, Identitat social, Joves sense sostre, Menors migrants no acompanyats (MMNA), Menors subsaharians no acompanyats, Polivictimització, Relació d'ajuda, Resiliència, Resocialització, Transició a l'autonomia

Development of the role of social action entities and the social educator in assistance to unaccompanied migrant minors

The phenomenon of unaccompanied migrant minors (UMM) has appeared in our welfare system relatively recently, and has tested theories on the care of abandoned children. The article analyses the outcome of the reaction from some of the social action entities. In particular, it shows the course of the Casal dels Infants for Social Action in the districts, an entity working in social and educational intervention for groups at risk in districts with the greatest social vulnerability. An analysis is made of the theories and analyses on which the intervention has focused, listing the needs and problems that have not yet received a response that is socially, politically and educationally effective.

Key words

Social categorisation, Emotional content, Abandonment, Social identity, Homeless youths, Unaccompanied migrant minors (UMM), Unaccompanied sub-Saharan minors, Poly-victimisation, Help relationship, Resilience, Re-socialisation, Transition to independence

Autora: Alicia González

Título: Evolución del papel de las entidades de acción social y del educador social en la atención de los Menores Migrantes no Acompañados

Referencia: Educación Social, núm. 45, p166 p183.

Dirección profesional: agonzalez@casaldelsinfants.org

▲ Introducción

A lo largo del presente artículo pretendemos analizar la evolución de la intervención socioeducativa llevada a cabo en el barrio del Raval de Barcelona por el *Casal dels Infants*, entidad de acción social. Enumerar cuáles han sido los condicionantes, las premisas iniciales y los planteamientos teóricos que han determinado el enfoque, tanto de la creación y desarrollo de proyectos como de la intervención individualizada y específica sobre el colectivo. Y, por último, reflexionar sobre cuáles son aún los temas pendientes para garantizar la cobertura del colectivo de los menores migrantes no acompañados.



Punto de partida para la intervención con el colectivo

En 1996 empiezan a aparecer en los bancos de la Plaza Catalunya de Barcelona y en el cercano barrio del Raval adolescentes y jóvenes de origen marroquí que pululan sin ninguna dedicación visible por las calles. La mayoría de ellos parecen sacados de un patrón común: visten chándal, zapatillas deportivas, llevan el pelo rapado exceptuando la parte superior de la cabeza (donde lucen frondosos rizos). Estas fueron las primeras señas reconocibles de los miembros de estos grupos de menores. Además de eso, que se movían en grupo y nunca iban acompañados de adultos. Una vez el colectivo se fue haciendo más presente y visible se fueron reconociendo más rasgos identificativos, como era un uso exclusivo del árabe para comunicarse y una expresión gestual que se podía interpretar rabiosa, enfadada e irascible. Asociados a estos menores se fueron percibiendo conductas de riesgo muy elevadas. Residían en plena calle, ocupando edificios abandonados e incluso solares descampados en los que se colaban, en pleno centro de la ciudad. En estos casos se podía describir que dinámicas llevaban a cabo: dormían agrupados y hacinados, apenas tenían pertenencias y su cotidiano transcurría en plena calle a la vista de los vecinos que rodeaban sus escenarios: se lavaban, se vestían, hacían sus necesidades, entre otras cosas, sin ninguna intimidad. Así, uno de los escenarios que más repercusión mediática tuvo en aquellas fechas fue la ocupación del solar de la calle Robadors, solar donde actualmente se está levantando la futura *Filmoteca de Catalunya*.

Una mirada más cercana de las dinámicas del colectivo ayudaba a definir otro tipo de conductas de riesgo más allá de la indigencia pero con una clara interrelación con ella. Uno de estos riesgos era el consumo de tóxicos, el más visible el uso de inhalantes, conducta que hasta la fecha sólo estaba en el imaginario de la sociedad asociada a países lejanos y a situaciones de desamparo infantil que no podían pensarse posibles en nuestras calles. Otras conductas de riesgo para estos menores provenían de la necesidad de subsistencia, que sólo podía cubrirse mediante la economía sumergida. Pero las conductas de riesgo, las dinámicas desestructuradas y la degradación de muchos de estos menores, junto con aspectos administrativos obvios (edad mínima para trabajar,

situación del mercado laboral y falta de regularización documental), hacían imposible incluso esta opción. Con lo cual se veían abocados en muchos casos a la pequeña delincuencia para poder conseguir medios de subsistencia diaria.

De manera lenta pero creciente se implantaba en nuestras calles un nuevo colectivo de riesgo que desde un primer momento fue percibido como tal y con señales de identidad propias: minoría de edad, origen marroquí y la falta de referentes adultos. Pero este riesgo no ha estado percibido de igual manera por los diferentes agentes sociales, mientras para unas ONG's se ponía el foco en la desprotección de unos menores en situación de desamparo para otros el foco se ponía en la inseguridad ciudadana, la inmigración y la degradación de espacios públicos, hasta el momento más o menos ordenados. Este hecho, que se mantiene en la actualidad, ha determinado la atención y los recursos destinados para hacer frente a la realidad de los menores extranjeros no acompañados desde hace una década.

Como hemos señalado, el colectivo se ubicó en la ciudad de Barcelona en el centro de la misma, la Plaza Cataluña y sus alrededores. En concreto el barrio del Raval, barrio de llegada y acogida de personas inmigradas, en aquellos años en su mayoría de Marruecos, que por entonces suponía el porcentaje más alto de origen de la inmigración en el barrio. De ahí que en sus calles encontrarán con frecuencia espacios de códigos compartidos y de solidaridad, restaurantes y cafeterías regentadas por marroquíes que les daban comida. Por eso el Raval ha constituido un barrio de acogida para los primeros momentos del proceso migratorio llevado a cabo por muchas personas. Y para estos menores no fue de otra manera.

Una de las dificultades para plantearse el abordaje de dicha realidad era la falta de conocimientos respecto a la misma y de recursos especializados para atenderlos adecuadamente

En nuestro caso, el *Casal dels Infants* para la Acció Social en los Barrios, como entidad que en esos momentos llevaba más de 15 años trabajando en el barrio para conseguir mejoras concretas y duraderas en la calidad de vida de la infancia, jóvenes y familias en riesgo o vulnerabilidad, la aparición de este nuevo colectivo enraizó directamente con nuestra misión. Se trataba de una realidad que afectaba al barrio y a su comunidad. Pero, sobre todo, se trataba de una realidad de infancia desamparada en claro riesgo social. Una infancia que estaba ahí, en las calles en las que desarrollábamos nuestra acción y que, además, se encontraba en una situación de desamparo difícilmente comparable a otras de las afrontadas en la entidad. De hecho, una de las dificultades para plantearse el abordaje de dicha realidad era la falta de conocimientos respecto a la misma y de recursos especializados para atenderlos adecuadamente, ya que difícilmente podían incorporarse a los existentes. El qué y cómo debíamos hacerlo si no sabíamos bien el orden de prioridades y posibilidades de intervención.

A la par del inicio de este dilema de atención, los medios de comunicación continuaban haciéndose eco de dicho fenómeno. También desde el desconocimiento y la novedad, muchas veces sin un análisis social y en clave de futuro, como constructores del imaginario social respecto a esta nueva realidad. Llegando incluso a hablar de niños de la calle, comparando a estos menores con los que ocupaban las calles de las grandes ciudades y barrios periféricos degradados de ciertas ciudades latinoamericanas y de otros países en vías de desarrollo.

Pero había una gran diferencia respecto a unos y otros menores. Y, sobre todo, respecto a las hipótesis de intervención a plantear desde el mundo de lo social. Los niños de la calle latinoamericanos (entre otros; no obviamos que, de manera similar, dicho fenómeno se da en países asiáticos, africanos y de Europa del Este) se veían abocados a estas dinámicas de riesgo porque sus familias estaban desestructuradas y, a veces, eran una fuente directa del riesgo y desamparo de los menores. Con lo cual, las intervenciones sociales al respecto podían centrarse en reforzar, mejorar y capacitar a estas unidades de socialización y protección primaria que son las familias para que ejercieran su patria potestad en unas mínimas condiciones que garantizaran el desarrollo pleno de los menores abocados a la calle. Y si esto no era posible, ofrecer una cobertura de sus necesidades a partir de la capacitación como herramienta de incrementar las oportunidades de futuro.



En cambio, respecto a la intervención con los menores migrantes no acompañados (MMNA), el mayor determinante era la falta de familiares y referentes adultos. Estos menores estaban solos y desde un esquema simple de acuerdo a nuestro estado de bienestar la respuesta pasaba porque la administración ejerciera la patria potestad directamente evitando el desamparo. Pero algo que se definía de una manera tan sencilla no se ha llevado a cabo de forma fluida y contundente a raíz de la aparición de este colectivo de menores. Pero ya iremos analizando este rasgo de la atención a estos menores desamparados y la evolución que ha desarrollado.

Trayectoria de los proyectos socioeducativos de la entidad dirigidos a estos menores

Por nuestra parte, como entidad de uno de los territorios más afectados por la llegada de estos menores a vivir en sus calles, vivíamos como imprescindible acercarnos al fenómeno, comenzar a prestarle atención siendo proactivos en la búsqueda de soluciones globales al respecto. De esta manera iniciamos en 1998 el proyecto Marhaba, que significa “bienvenidos” en árabe. Se trataba de un centro de día que atendía a estos menores intentando ofrecerles un vínculo y referentes educativos, una atención a sus necesidades básicas mínimas (duchas, lavandería, manutención), un taller donde recuperar rutinas estructuradoras y el inicio de proyectos de vida e itinerarios realistas que dieran continuidad a los procesos migratorios llevados a cabo. Este proyecto se inició con financiación privada; de hecho, financiado por la propia entidad al considerar que se trataba de una necesidad social emergente que requería una respuesta inmediata. La captación y vinculación a nuestro proyecto de muchos de los menores que formaban este colectivo nos permitió acercarnos e ir definiendo todos los factores que afectaban a los menores extranjeros no acompañados. Pero ir mejorando la atención y acciones dirigidas a este colectivo era clave de un impacto muy bajo si paralelamente no se iba dando una respuesta por parte de la administración.

Fueron surgiendo otros proyectos y recursos de atención por parte de otras entidades, por ejemplo desde Joan Salvador Gavina también del Raval o Cáritas. Así como sensibilidades y acercamientos desde el mundo académico, jurista y de la propia sociedad, por ejemplo por parte de la Federación de Asociaciones de Vecinos de Barcelona (FAVB). La aglutinación de todas estas motivaciones por responder a los menores permitió la formación a finales de 1999 de la Plataforma Ciudadana en defensa de los Menores Inmigrantes Desamparados. Dicha plataforma fue una de los protagonistas de la interlocución con la administración para que desde esta se tratara la realidad de desamparo de los menores extranjeros no acompañados. De esta manera se fue consiguiendo que desde la *Direcció General d'Atenció a la Infància i l'Adolescència* (DGAIA) de la *Generalitat de Catalunya* progresaran diversos centros de atención, bien de primera acogida, bien de día o nocturnos. Son recursos de atención que no aparecieron simultáneamente sino de forma progresiva según avanzaba el conocimiento sobre el colectivo. Hasta el momento se había acogido a los pocos menores de este colectivo que habían llegado al país en los propios centros existentes en el sistema para menores desamparados que mayoritariamente habían sido retirados de sus familias biológicas por el alto nivel de desestructuración y riesgo de éstas.

La vinculación de los menores era en algunos casos inestable e irregular, lo que impedía que se pudiera realizar con ellos un buen seguimiento y acompañamiento

Pero antes de centrarnos en este tema, regresemos al tipo de atención que desde el proyecto Marhaba comenzábamos a dar. Se trataba de un centro de día al que los menores que residían en las calles se dirigían cada día para estructurar en cierta manera su cotidiano, al mismo tiempo que cubrir las necesidades más básicas: ducharse, mantener la ropa limpia y tener una manutención básica. La intervención estaba muy caracterizada por la desconfianza de los menores, proveniente en gran medida del desconocimiento y lejanía de espacios de intervención socioeducativa como el que se les estaba ofreciendo. Por otra parte, la novedad del colectivo y la falta de tratamiento del mismo por parte de las políticas sociales impedían que se pudiese definir un itinerario claro y progresivo para los MMNA. Era difícil diseñar itinerarios enfocados hacia la inserción social y laboral de estos menores cuando eran pocos los casos que lograban la regularización documental, tal y como se contemplaba en la legislación. Por otra parte, no se disponía de recursos de formación en idiomas en los que pudiera ser atendida esta población adolescente. Sí que existían escuelas de adultos que, ante la realidad migratoria, ofrecían enseñanza de las lenguas oficiales de Cataluña, pero dichos recursos no estaban, lógicamente, enfocados a la atención de una realidad tan compleja como era la de menores de edad de alto riesgo social. Eso dificultaba la consecución de competencias lingüísticas suficientes para afrontar procesos capacitadores en formación ocupacional que permitieran la transición al mercado laboral. Todas estas necesidades se trabajaban desde un centro de día que muchas veces tenía que centrarse en la contención emocional de unos menores sometidos a un alto estrés que se acentuaba por las frustraciones que suponía verse encallados en un callejón que apenas ofrecía salidas. La vinculación de los menores era en algunos casos inestable e irregular, lo que impedía que se pudiera realizar con ellos un buen seguimiento y acompañamiento. Estas eran dos de las claves de intervención en esos momentos, sobre todo para evitar el agravamiento de la situación personal de cada MMNA atendido. Era difícil plantear una intervención

de itinerario cuando los factores que influían y podían determinar este aún no estaban claramente definidos.

Por otra parte, no podemos obviar otra realidad que condicionaba en gran medida la asunción de responsabilidades por parte de la Administración. Dentro del colectivo de MMNAS se encontraban algunos jóvenes que pese a su inmadurez y falta de posibilidades de una transición positiva a la autonomía adulta incumplían uno de los requisitos básicos del colectivo: no eran menores de edad. Proyectos como el centro de día Marhaba tuvieron que intervenir entonces en torno a la identidad grupal que estaba afianzándose en el colectivo. Se pusieron muchos esfuerzos en concienciar a los propios individuos en la necesidad de comprender los matices legales y de intervención que suponía que algunos jóvenes no menores de edad se refugiaron en el fenómeno MMNA para resolver sus necesidades de regularización y atención. O los propios menores y jóvenes eran capaces de reconocer la divergencia entre unos y otros o sería difícil generar conjuntamente con la Administración respuestas enfocadas hacia menores desamparados tal y como se percibía la problemática desde los dispositivos de atención a este colectivo. Las vías de interlocución y trabajo común se veían muy obstaculizadas por esta realidad de convivencia de unos y otros, menores y mayores de edad, bajo el mismo paraguas. Pero este es uno más de los matices que se tuvieron que descubrir y abordar.



Más allá de estos condicionantes, una vez que la administración comenzó a diseñar e implementar respuestas a los MMNAS se dio un condicionante que hasta el día de hoy determina las posibilidades y circuitos para los MMNA. La DGAIA asume esta realidad pero como si se tratara de unos menores con otro tipo de desamparo diferente al del resto de la infancia atendida en el circuito de protección y tutela. Cuando realmente el día a día de la intervención demostraba que los MMNA se encontraban en, si no mayor, un desamparo muy condicionante por la falta total de referentes familiares y adultos positivos. Todo ello sumado a procesos migratorios precoces concebidos desde diversos planteamientos y realidades que condicionan las actitudes y predisposición de cada menor a la intervención socieducativa y la relación de ayuda.

Así, pese a que los MMNA que habían llegado en fechas más tempranas, desde mediados de los noventa, eran asumidos por las instituciones dirigidas a la infancia desamparada, el sistema tardó poco en verse saturado por la avalancha y la complejidad de este nuevo colectivo. Eran frecuentes las fugas y permanencias en la calle pese a que algunos de los menores tuvieran plaza asignada en los centros residenciales de atención educativa (CRAE). Los recursos destinados a la infancia en riesgo no estaban adaptados a esta nueva realidad. Ni al tipo de desamparo, ni a las diferencias culturales, ni a menores que presentaban carencias afectivas y de habilidades relacionales y sociales tan marcadas y tan difíciles de abordar por las dificultades comunicativas. Muchos condicionantes se achacaron a temas culturales y no, en cambio, a los itinerarios de riesgo social y exclusión que traían consigo estos menores desamparados.

Resumiendo, las respuestas que se fueron articulando por parte de la DGAIA se tradujeron en un sistema de atención paralelo y diferenciado del que existía

hasta la fecha para la infancia autóctona desamparada. Los centros generados para acoger la avalancha de menores extranjeros eran de una tipología y una organización bastante diferente a los CRAE y centros de urgencia que ya existían. Se trataba de una clara segregación. Y este era el punto de partida, muy condicionante, para la intervención con el colectivo.

Los centros de primera acogida presentaban masificación debido al elevado número de plazas. Esto impedía un reparto equitativo de los recursos (comedor, dormitorios, duchas, etcétera). En algunas épocas estaban sobresaturados presentando hacinamiento debido a que llegaban más menores que aquellos para los que se había preparado el sistema.

El desarrollo de respuestas específicas por parte de la administración a partir de la cobertura de las necesidades básicas, la incorporación de estos jóvenes a la red de recursos especializados de inserción sociolaboral y la aceptación por parte del colectivo de la incorporación al circuito de protección como única vía posible de establecer itinerarios exitosos de promoción permitió la disminución del número de menores por las calles del Raval pasando a ser un fenómeno casi residual. Esta nueva realidad permitió la transformación del proyecto Marhaba en un espacio de formación y inserción sociolaboral permitiendo cerrar las actividades de carácter asistencial. Una vez que los menores estaban siendo atendidos residencialmente por la Administración, las dinámicas de calle disminuyeron en gran medida y la presión que ejercía el colectivo sobre la opinión pública menguó. Marhaba como centro de día se transformó en una formación ocupacional dirigida a la capacitación profesional de los MMNA en mantenimiento de edificios. Sin abandonar el trabajo intensivo en habilidades sociales, idioma y autonomía personal. Pese a la atención en centros de la administración aún quedaba mucho que mejorar para asegurar una atención de calidad a estos menores desamparados. Tomando como eje y finalidad la inserción laboral de los menores, se trabajaban el resto de competencias básicas que iban dirigidas a la inserción social plena, al ejercicio de una plena ciudadanía.

En el 2006 el proyecto volvió a cambiar de enfoque, cerrándose como Marhaba. Los MMNA se incorporan a los diferentes recursos de la entidad no por el hecho de ser menores, inmigrantes o no acompañados sino a partir de un diagnóstico de sus necesidades específicas y su derivación al recurso más adecuado. A escala de capacitación profesional, cumplían los requisitos necesarios para ocupar una plaza en cualquier formación ocupacional que diera respuesta a sus intereses. Eran jóvenes, mayores de 16 años y en los casos en que poseían un NIE podían ser alumnos de cualquier curso formativo. Esta era una de las primeras vías para normalizar su presencia y sus itinerarios más allá del lastre que suponía el sistema de protección paralelo en el que se veían inmersos. Por este motivo Marhaba dejó de ser un curso de formación ocupacional y se centró en el fomento de la socialización, autonomía y habilidades personales. Sin poder obviar el seguimiento posterior que continuaba realizando de todos aquellos jóvenes que en su día habían pasado por el recurso y regresaban puntualmente al mismo para solicitar orientación o asesoramiento. De esta manera fuimos tomando consciencia de una nueva carencia dentro de los itinerarios pensados para este colectivo: la falta de un referente claro y de un vínculo afectivo que

diese continuidad a los devenires de los jóvenes. Por otra parte, esto se hacía cada más necesario en un momento en el que se incrementaba el número de jóvenes que volvían pidiendo ayuda después de unos años de autonomía que se habían visto truncados por la falta de continuidad del trabajo, por un bache emocional, por una pérdida de vivienda estable o por cualquier otro factor determinante. De ahí se comenzó a dar soporte a la búsqueda de vivienda, además de acompañamiento socioeducativo, como eje vertebrador de la estabilidad autónoma de los extutelados mayores de edad que hacía pocos años que se veían abocados a volver a depender de entidades y servicios de atención a las personas. De ahí que el cierre de Marhaba no supuso dejar de trabajar de manera específica con las problemáticas que afectaban exclusivamente a este colectivo. Marhaba se cerró en 2006 pasando a ponerse en marcha el Servicio de Transición a la Autonomía, como proyecto dirigido a jóvenes extutelados que necesitaban diseñar itinerarios de inserción social y laboral para afianzar su autonomía adulta. Pasamos a contar con un piso que ofrecía la respuesta de vivienda en los casos en los que la carencia de esta podía ser la determinante de una exclusión de difícil retorno.

Actualmente este proyecto continúa funcionando con 9 plazas en dos pisos y un trabajo intensivo y estructurado de habilidades sociales, empoderamiento de los protagonistas en la gestión y afrontamiento del cotidiano. Así como ofreciendo un seguimiento de 18 meses a los jóvenes que concluyen el itinerario.

Pero se hace insuficiente un proyecto como este ante la afluencia de jóvenes que no consiguen garantizar su autonomía personal, social y laboral, por inestabilidad emocional que les ha llevado en uno u otro momento a romper con los planes de trabajo planteados. Por incapacidad de afrontarlos, por falta de comprensión de cada uno de los trámites y metas a ir alcanzando, por carencias de acompañamiento, etcétera. Y en el otro extremo, jóvenes que pese a haber encadenado consecutivos itinerarios positivos se ven abocados a la exclusión por el estado actual del mercado de trabajo y vivienda, por el endurecimiento de los requisitos administrativos para mantener el permiso de residencia y/o trabajo. Siendo actualmente esta realidad, la de jóvenes sin techo, una de las grandes preocupaciones de la entidad para garantizar respuestas contra la exclusión de un colectivo tan vulnerable como los MMNA ex tutelados. Volvemos a tener un centro abierto que funciona como dispositivo diurno donde damos atención a estos jóvenes aprovechando su motivación por el cambio para iniciar itinerarios de recuperación de hábitos, estructuración y habilidades. De esta manera volver a normalizar las diferentes áreas de su vida para evitar que queden definitivamente excluidos en dinámicas de calle y de riesgo.

Además de estos proyectos que atienden prácticamente en exclusividad a menores y jóvenes que realizaron en su día (algunos hace más de 5 años) procesos migratorios precoces, a MMNA, la entidad cuenta con otros tres proyectos dirigidos a jóvenes, a su dinamización, participación ciudadana, tiempo libre, formación lingüística y socialización y acogida de recién llegados. Así como con otros 5 proyectos de formación e inserción social y laboral.



Se incrementaba el número de jóvenes que volvían pidiendo ayuda después de unos años de autonomía que se habían visto truncados por la falta de continuidad del trabajo

La participación en estos proyectos de todo tipo de jóvenes de más de 30 nacionalidades diferentes, entre los que hay un alto porcentaje de MMNA y extutelados, es un reflejo de nuestra premisa inicial de intervención: ante todo los MMNA son menores, antes que inmigrantes, y son menores desamparados y son jóvenes en riesgo o situación de exclusión. Por ese motivo reúnen los requisitos para participar en nuestras actividades y proyectos, no por el hecho de ser exclusivamente menores inmigrantes no acompañados, sino por la situación de riesgo y desamparo que ello supone.

Premisas y condicionantes de la intervención

En este apartado nos centraremos en la intervención socioeducativa que se desarrolla con cada menor. Ver cuáles son algunos de los rasgos de los miembros del colectivo MMNA que condicionan la intervención, que han hecho que los profesionales hayan ido descubriendo a lo largo de estos 15 años claves para trabajar. Son claves que nos han ido haciendo comprender el tipo de desamparo que conlleva la situación de menor no acompañado y, a la vez, qué supone que éste sea extranjero en un país extraño.

La principal clave de intervención, que creemos que ha quedado suficientemente reflejada a lo largo del texto es que estos menores están desamparados. Este es por tanto el principal punto de partida tanto en el diseño de proyectos socioeducativos como en la intervención individualizada.

Un MMNA es, ante todo, una persona camino del desarrollo pleno. Como organismo, como ser humano, como persona y como ciudadano. Y como educadores sociales que somos añadir el desamparo en el que se encuentra como el gran condicionante para que este desarrollo sea pleno y positivo. La viabilidad de la intervención y de desarrollar un itinerario con cada menor vendrá determinada en gran medida por los factores estructurales (legales, formativos, documentales) que hemos ido señalando anteriormente, pero también por el estado emocional del menor: el que trae consigo, el que va asumiendo según sus herramientas de afrontamiento y al que es capaz de aspirar.

El proyecto vital está determinado por las expectativas que el menor ha alimentado desde su origen

Por otra parte, este menor extranjero ha hecho un proceso migratorio solo. Trayendo, en cambio, las expectativas, los deseos y sueños muchas veces de todo su entorno. El proyecto vital que desarrolla cada menor no acompañado una vez que está en nuestro país es diferente para cada uno de ellos. En parte, está determinado por el proceso vital que el menor llevaba a cabo en su país y su vida de origen. Y también está determinado por las expectativas que el menor ha alimentado desde su origen, y que recíprocamente, le han alimentado a él.

Uno de los procesos psicológicos que el MMNA tendrá que abordar en su nuevo proyecto vital es la resocialización.

Desde la sociología (Estradé i Saltó, A., 2003), se define este concepto como la reestructuración de la personalidad y las actitudes que se producen como consecuencia de situaciones que implican una marcada alteración en el entorno social de un individuo o grupo, generadora de gran confusión o tensión. Viene caracterizada por la ruptura de valores y modelos de comportamiento previamente aceptados y por la subsiguiente adopción de otros radicalmente diferentes. Al incorporarse a otra sociedad y cultura las personas comienzan un aprendizaje de sus pautas. No es una resocialización total por cuanto perduran algunos aprendizajes. Pero sí se adquieren, sobre todo, los aspectos necesarios para el contacto y la fluida interacción, fuera del ámbito *familiar*. Esto tiene connotaciones distintas si la emigración se hace a países de culturas diferentes o parecidas a la del individuo¹.



Deberíamos pararnos a analizar qué supone esto en el caso de los menores extranjeros no acompañados. La sociología considera este proceso humano en los adultos, cuando ya se ha finalizado el proceso de socialización que comienza en la estructura más importante para la misma: la familia. Pero, ¿y en el caso de menores de edad? Hablamos de unos sujetos que aún están en pleno desarrollo moral, social e incluso cognitivo. Además, nos referimos a personas que en muchos casos han tenido dificultades o carencias en la socialización primaria, en la familia. Algunos de los menores extranjeros no acompañados se han socializado más en entornos adultos, de calle o laborales, con figuras probablemente referentes positivos algunas de ellas, pero sin lazos afectivos de soporte y crianza la mayoría de las otras. Eso los sitúa en un estado de permeabilidad frente a todo tipo de valores y patrones conductuales y relacionales. Con esa débil socialización, vuelvo a decir, en algunos de los casos de los menores a los que nos referimos, inician su viaje y asentamiento en una nueva sociedad y entorno. Y es en esta donde comienzan a encontrarse con valores y costumbres que poco o nada tienen que ver con lo vivido anteriormente.

El proceso de resocialización se hace aún más complicado si el menor se encuentra sometido, como suele ser, a un estrés que condiciona sus procesos de aprendizaje y de acomodación cognitiva. Frente a las frustraciones, la espera, la falta de comprensión de lo que le afecta, pretendemos la adquisición de nuevos conocimientos que hacen tambalear una de las pocas cosas que el menor extranjero no acompañado aún conserva y a la que se aferra: su cultura y socialización de origen. No hay más que ver cómo se saludan entre ellos, como una imitación poco ensayada de los adultos que estaban en vías de ser en sus entornos de socialización en el país de origen. Y también podemos observar cómo van abandonando un patrón como este, el del saludo, para acomodarlo a lo socialmente *normal*.

Lo que más debería preocuparnos es qué escenarios de resocialización estamos ofreciendo desde los espacios profesionales y formales de interacción de los menores extranjeros no acompañados. La asistencia a talleres o clases de contenidos culturales de la sociedad de acogida son espacios privilegiados para dicha resocialización. No sólo por los contenidos formales que en ellos pueden transmitirse, que permiten mayor autonomía desde el conocimiento. Sobre todo por el grupo clase asistente al mismo. Si logramos que en ese espacio

de socialización el menor no acompañado pueda tomar consciencia de que hay otros menores y jóvenes con otros procesos migratorios y de vida que de igual manera están conociendo, comprendiendo y adaptando la sociedad de acogida evitaremos uno de los riesgos de resocialización para los menores extranjeros no acompañados. Este riesgo es que esta se produzca exclusivamente de manera endogrupal y condicionada, por tanto, por el grupo de pertenencia. No habrá una resocialización en la sociedad de acogida, sino en los valores de esta una vez filtrados y sometidos a los sesgos de la categoría social que piensan ocupar los menores extranjeros no acompañados. Hay muchos riesgos en la asunción por parte de los menores no acompañados de una categoría social concreta, del rol de miembro de un grupo social determinado en contraposición con otros grupos sociales percibidos, reales o imaginarios.

En este juego de resocialización y categorización social hay muchas de las claves de la intervención que hemos venido desarrollando sobre el colectivo MMNA. De ahí que siempre hayamos apostado por la normalización de la presencia de estos menores desamparados en proyectos de intervención social. Como herramienta para abordar uno de los determinantes con los que desde el inicio de la presencia de este colectivo sus miembros se han visto condicionados: la identidad social que se ha generado respecto a ellos en los 15 años de su presencia en nuestras calles y recursos. Esta identidad social viene dada por el proceso de categorización social que se ha dado al colectivo y que llega a ser interiorizada por ellos mismos en muchos casos.

Para entender qué ocurre y qué podemos hacer como educadores sociales respecto a la identidad social de los miembros del colectivo MMNA nos centraremos en dos teorías que desde la psicología tratan la identidad: la Teoría de la Identidad Social y la Teoría Realista del Conflicto Social.

La Teoría de la Identidad Social (Botella i Mas, M., 2004) viene a decirnos que en el autoconcepto de las personas hay una parte que proviene de percibirse como miembro de categorías sociales concretas. Tiene un alto componente valorativo y emocional y genera comportamientos intergrupales. Se recurre a estos patrones comportamentales predominantemente en situaciones conflictivas, dejando de lado el comportamiento interpersonal, que permitiría relaciones fluidas y sanas entre varias personas sólo por las características propias de estas, sin entrar en juego valoraciones grupales.

Cuando predominan estas asignaciones a categorías sociales se genera discriminación. El individuo sufre una despersonalización y pasa a ser exclusivamente miembro de una categoría social. Hay que procurar intervenir produciendo una ruptura del sesgo intergrupales. Esto puede facilitarse provocando el contacto entre grupos y desmontando así los prejuicios surgidos al generarse opiniones o actitudes hacia miembros de grupos sociales por el mero hecho de pertenecer a estos. Descategorizar para volver a recategorizar provocando identidades supraordenadas en los individuos en contacto.

De ahí que sea tan importante y necesario ofrecer espacios de intercambio, relación y acción común entre individuos de grupos heterogéneos. Si no

potenciamos este tipo de escenarios para los menores extranjeros no acompañados estos asumirán categorías sociales muy limitadas que cuando entra en juego la comparación social sólo provocan diferenciación. Y en el caso de los menores extranjeros no acompañados, el mayor riesgo es que la valoración social en el propio grupo y sobre el propio grupo sea negativa. Lo que, al tratarse de un ámbito del autoconcepto, conlleva bajo estatus subjetivo y, por consecuencia, una identidad social negativa o amenazada.



Este es uno de los principales argumentos que hay detrás de la intervención que desde los inicios ha llevado a cabo la entidad respecto a los MMNA. Siempre de manera progresiva, desde el desconocimiento del colectivo y la problemática hasta la contraposición de puntos de partida de la intervención frente a la que se hace en los centros residenciales dedicados de manera segregadora exclusivamente a estos menores.

Ante las problemáticas que puede conllevar el fomento y la asunción de una identidad social negativa, hemos comprobado que podemos intervenir para provocar varios efectos:

- La movilidad social a través del acompañamiento individualizado, la contención emocional de cada sujeto y el refuerzo de la identidad personal y a su vez de la autoestima. De esta manera el sujeto abandona o se disocia del grupo, para sumir una identidad propia que nada tiene que ver con el supuesto grupo del que era miembro.
- La creatividad social insistiendo en nuevos elementos de comparación de los menores extranjeros no acompañados con miembros de otros grupos sociales: todos son jóvenes, sin distinción de orígenes, procesos de vida y posiciones socioeconómicas. Habrá que dotar de connotación positiva a los atributos comunes que ayudemos a reconocer. Así lograremos cambiar el grupo de comparación.
- Desmontando las competiciones sociales entre supuestos endogrupos diferenciados gracias a intervenciones en la línea de las dos anteriores.

De ahí que una de las características del tratamiento institucional del colectivo de menores extranjeros no acompañados, al que más consecuencias negativas podemos atribuir, es que estos sean aislados del resto de sujetos jóvenes de nuestra sociedad. Se mantienen en circuitos y estructuras limitados a ellos. Y no se fomenta la normalización de su presencia en los recursos tanto residenciales como formativos y de atención.

Y aún en espacios de contacto, relación y convivencia con miembros de otros grupos, debemos tener en cuenta elementos que nos señala la Teoría Realista del Conflicto Social (Botella i Mas, M., 2004). Estos menores, como miembros de un grupo comparten implicación emocional en esta definición de sí mismos. Además, comparten un alto grado de consenso sobre la evaluación de su grupo y su pertenencia al mismo. En entidades y espacios de intervención social se relacionan con otros sujetos, que a su vez pertenecen a otros grupos determinados. Aparece conflicto entre uno y otros grupos cuando ambos compiten por los recursos escasos. Y cuando hablamos de colectivos en riesgo

o situación de exclusión social estamos frente a grupos para los cuales no hay recursos ilimitados. Bien sean estos recursos una plaza en un curso formativo, una hora de atención por parte del profesional con horarios de atención colapsados, una tarjeta de metro, o una entrada para un partido de fútbol.

Ofrecer metas al conjunto de todos los jóvenes, que exijan interdependencia entre ellos para alcanzarlas. Metas que vayan más allá que aquellas que cada grupo percibe como propias, puede ser la clave. Disponer de centros de interés, de trabajo por proyectos, que superen el estancamiento de estos en uno u otro grupo, facilitará que los diferentes sujetos de diferentes grupos hayan de colaborar para alcanzar el desarrollo del proyecto, el alcance de la meta. De ahí la importancia de estar siempre atentos como profesionales a los intereses y motivaciones de los diferentes menores y jóvenes que se acercan a nuestros espacios de intervención. De esta manera podremos encontrar alguno de ellos que movilice a los sujetos más allá de su pertenencia a un subgrupo: la música, el deporte, las salidas, las fiestas, etcétera. Pero que surjan de sus deseos, de sus expectativas e intereses, y necesiten de la implicación y dedicación de los propios sujetos para su desarrollo.

Provocar y vehicular estos centros de interés puede ser muy complicado si el tipo de itinerario que *a priori* se define o se considera adecuado para un MMNA es aquel que se compone de acciones dirigidas al desarrollo de su ocupabilidad. Desde la premisa de la necesidad de inserción laboral para alcanzar la economía económica antes de la mayoría de edad, muchas veces limitamos las posibles dedicaciones de estos menores a actividades que desarrollen competencias ocupacionales. Se descartan así los intereses y motivaciones que pueden dar salida a la emotividad contenida de estos menores. A la vez que se puede trabajar lo antes dicho: metas supraordenadas que faciliten la normalización del colectivo como individuos jóvenes.

Más allá del menor no acompañado como miembro de un determinado grupo, analicemos determinantes de la intervención que provienen de la individualidad de cada sujeto.

A grandes rasgos podemos decir que los itinerarios de estos menores se caracterizan a nivel general por la incertidumbre respecto al futuro. Incertidumbre que proviene en parte de la falta de información y de espacios de decisión respecto a los cambios y evoluciones que se van dando en sus itinerarios. Desde cuál es su situación legal concreta, plazos para la resolución de su situación documental, posibilidades formativas y plazos y requisitos para poder desarrollarlas, traslado a otros centros y referentes, etcétera. Todo esto hace que se vean de un momento a otro, sin un trabajo previo de expectativas y creencias, inmersos en procesos que les superan. Suelen entrar en un momento delicado emocionalmente que no les permite percibir ni afrontar de manera objetiva lo que está puesto en juego.

Para abordar momentos como ese se ha de haber establecido entre ambos interlocutores, menor no acompañado y profesional que interviene, una relación de ayuda. Se trata de poner los esfuerzos en generar una verdadera relación de

ayuda. Se pasa de una relación de uso o utilitaria a una verdadera relación de ayuda y acompañamiento cuando el menor siente que encuentra contención emocional. Cuando un menor extranjero no acompañado puede mostrarse tal y como es, puede equivocarse, puede mostrar lo más oculto de sí mismo y sabe que obtendrá escucha, interés y respuestas, la relación de ayuda se ha dado. Contar con espacios de referencia estables en el tiempo, que pese a todos los cambios que se dan continúan como un eje de vinculación alrededor del cual ir y venir es clave en estos menores que han de adaptarse, aceptar y acomodarse muchas veces a exigencias externas en su cotidiano y devenir. Espacios y referentes que no condicionen el futuro de su itinerario a episodios concretos ni a valoraciones precipitadas sobre estos. Que puedan manifestar todo aquello que los atrapa emocionalmente. De hecho, consideramos que suelen salir reforzados de estas situaciones, más tranquilos, con algunas piezas internas movidas que facilitan el refuerzo o la mengua de las conductas y habilidades que puede mostrar de manera incondicional.

Es un proceso inconsciente que se fragua con el tiempo. Ese tiempo vendrá definido por el ritmo afectivo de cada joven, por su vivencia anterior, por las referencias y capacidades emocionales. De ahí que en parte el proceso y la relación han de adaptarse a este ritmo y no al que viene impuesto por el proceso formal que ha de ir cumpliendo este menor.

Otro de los condicionantes de los procesos y, por tanto, de la intervención con los MMNA son las capacidades de afrontamiento de la realidad. Estas capacidades vienen en gran medida condicionadas por los esquemas mentales, las vivencias anteriores y las estrategias propias que se desencadenan frente a situaciones personales complicadas de abordar.

Acudamos a la definición de MMNA para hacernos una idea de cuál es la situación de partida a escala vivencial de estos menores. Así, Quiroga, Alonso y Armengol² definen al menor migrante no acompañado de la siguiente manera:

“Los niños y adolescentes menores de 18 años que emigran fuera del país de origen solos y/o separados de ambos padres o tutor legal o persona que por ley o costumbre le tuviera a cargo suyo; o acompañados de alguna persona de la familia extensa o persona al cual el tutor legal le ha encargado por ley o costumbre del país, y que por alguna circunstancia acaban solos o no son atendidos adecuadamente, o bien surge alguna duda sobre la relación entre el menor y el adulto. Todos, como niños, son niños separados y con derecho a recibir protección internacional bajo una amplia gama de instrumentos internacionales y regionales. Los menores acceden al territorio europeo solicitando asilo o de forma irregular. Los solicitantes de asilo lo hacen por miedo a la persecución, a la falta de protección frente a violaciones de derechos humanos, conflictos armados y/o graves disturbios en su país de origen. Mientras tanto, los que acceden de forma irregular pueden haber sido víctimas de tráfico de personas o de otro tipo de explotación, o han viajado a Europa huyendo de situaciones de pobreza severa o de serias privaciones o de expectativas de promoción social. Muchos de estos menores han vivido



Se pasa de una relación de uso o utilitaria a una verdadera relación de ayuda y acompañamiento cuando el menor siente que encuentra contención emocional

experiencias terribles y han sobrevivido a circunstancias de extrema dureza”.

Esta definición permite apreciar cuál es el punto de partida del tipo de desamparo que sufren estos menores. Aproximémonos desde la óptica de la victimización y de una manera sencilla a cada una de las palabras que componen esta *denominación* del colectivo.

Empecemos por menor. El hecho de ser menor conlleva que cualquier situación adversa que sufra el individuo en desarrollo conlleve mayores efectos negativos que los que sufriría un ser humano adulto.

Respecto a la palabra migrante, proviene de haber realizado un proceso migratorio, fundamentado en una serie de mensajes del entorno de origen del menor que condicionan el mismo. Supone, *a priori*, dos posibilidades. La primera sería la de un proceso migratorio basado en la huida hacia delante desde una situación de exclusión social, desamparo, abandono y/o desestructuración con el horizonte idealizado de los aspectos positivos que atribuye y potencia de la sociedad de acogida. O bien un proceso más o menos definido y madurado con la expectativa de las mejoras de vida en aspectos concretos (formación, trabajo e incluso, condiciones de vida básicas). En cualquiera de los dos casos, el nuevo estatus de extranjero (inmigrante) provoca que ciertos factores estructurales condicionen de manera a veces traumática el logro de las expectativas (por ejemplo, el ritmo de resolución de situaciones documentales).

Y, por último, el hecho de estar no acompañado elimina una de las variables mediadoras que favorecen la compensación de factores de vulnerabilidad frente a situaciones potencialmente estresantes e incluso traumáticas que el menor extranjero no acompañado habrá de enfrentar. No dispone de un contexto social positivo, referente y fuerte en el que encontrar apoyo y posibilidades.

Los menores no acompañados son sujetos polivictimizados

Ante todo esto, se podría llegar a decir que los menores no acompañados son sujetos polivictimizados. Con lo cual sobre ellos sobrevuela el riesgo de desarrollar posibles psicopatologías e incluso de trastorno por estrés postraumático. Ante esto los profesionales tenemos que procurar unos entornos de intervención que permitan ejercer el rol de posible tutor de resiliencia, ya que “un niño herido y solo no tiene ninguna oportunidad de convertirse en resiliente³”. Entendiendo la resiliencia como la característica personal que hace que ciertas personas consigan mantener un equilibrio estable sin que afecte a su rendimiento y a su vida cotidiana. Los individuos resilientes permanecen en niveles funcionales pese a la experiencia estresante o traumática. La persona sigue proyectándose en el futuro a pesar de acontecimientos desestabilizadores, de condiciones de vida difíciles y de traumas a veces graves⁴.

Hemos de procurar con la intervención que llevamos a cabo con los MMNA contemplar esta posibilidad, tender a ella, fundamentar las relaciones de ayuda desde esta premisa y los entornos, objetivos y exigencias de la intervención equilibrarlos para no perder este posible efecto. Y pese a que garanticemos el mejor escenario de relación e intervención, ello no bastará para convertir

nuestra intervención profesional en este tipo de apoyo y figura. No está sólo en nuestra mano llegar a hacerlo. Será cada menor no acompañado, como sujeto particular el que encuentre o no en nosotros ese rol de tutor de resiliencia: «Un tutor de resiliencia es alguien, una persona, un lugar, un acontecimiento, una obra de arte que provoca un renacer del desarrollo psicológico tras el trauma. Casi siempre se trata de un adulto que encuentra al niño y que asume para él el significado de un modelo de identidad, el viraje de su existencia»⁷⁵.



Es desde estas premisas y condicionantes que la trayectoria de la entidad ha ido variando, adaptándose y mejorando. Siempre desde la acción directa de sus profesionales día a día y con el análisis en equipo de la misma y la generación de un conocimiento común. Con la finalidad de ofrecer a estos menores desamparados una intervención adecuada dada su condición, por encima de la de extranjeros y de su tratamiento desde la óptica de la Ley de Extranjería.

Conclusiones

La aparición del fenómeno de los menores migrantes no acompañados supuso un reto para el país y sus instituciones. Cada uno de los agentes sociales debía asumir nuevas responsabilidades y funciones, y este encaje no siempre fue fácil y no estuvo exento de tensiones. También, de fondo, provocó uno de los grandes debates en torno al colectivo: ¿menores desamparados o simplemente un nuevo flujo inmigrante a controlar?

Se ha avanzado mucho, se ha actuado conjuntamente administración y sociedad civil y se han articulado respuestas efectivas para atender a estos menores. Pero aún son varios los retos a afrontar:

- Superar el sistema de protección segregado para los MMNA respecto al resto de la infancia desamparada. Procurando así una resocialización e inclusión en la sociedad de acogida de manera natural y fluida. Así como la posibilidad de generar redes sociales informales de apoyo y socialización interculturales e intergrupales.
- Garantizar la transición a la autonomía adulta de los miembros de este colectivo teniendo en cuenta que no cuentan con la posibilidad de retornar a una red social de referencia, como podría ocurrir en el caso de algunos extutelados con referentes adultos cercanos. Hay que tener en cuenta que los MMNA, una vez que llegan a la mayoría de edad, han de sostener sus procesos solos. La Administración pone a su disposición recursos adaptados, adecuados pero ni suficientes ni garantizados para todos los casos. Así nos encontramos actualmente con un porcentaje no despreciable de extutelados MMNA que se encuentran en una compleja pero real situación de sin techo, debido a fracturas en su itinerario que por falta de recursos personales o de su entorno no han podido superar. Situación desde la cual es difícil generar itinerarios promocionadores si no se garantiza una respuesta residencial que vertebré la estabilidad de estos jóvenes.

- Dar respuesta a la ampliación y complejidad que ha adquirido el colectivo MMNA al ampliar el origen regional de sus miembros. El colectivo marroquí ha perdido la exclusividad del fenómeno, que tristemente se ha extendido hacia los países subsaharianos como emisores de emigrantes precoces. En los dispositivos y acciones que atienden a menores no acompañados nos encontramos con situaciones que recuerdan el escenario de hace más de diez años. Por parte de los profesionales hay inquietud en una posible marcha atrás de todo lo alcanzado en nuestro estado de bienestar. Y en el caso de los menores, lo que encontramos es un crudo desamparo que puede provocar la exclusión social de unos menores que puede agudizarse debido al panorama económico y laboral de crisis en el que estamos inmersos.

No aprovechar todo el conocimiento y las experiencias de éxito de estos últimos años en la elaboración de respuestas efectivas a los MMNA sería un error, tanto en el caso de los jóvenes extutelados como en el caso de los menores no acompañados subsaharianos. Se ha demostrado la capacidad de articulación de una intervención social que evite la exclusión de estos menores y jóvenes, que ha de permitir provocar la inclusión social plena de los mismos, a través de la normalización de su presencia en los espacios sociales, formativos, laborales y cotidianos. Fomentar y apoyar acciones que provoquen la generación de redes sociales de apoyo que suplan las carencias de las mismas que conllevan los miembros de este colectivo. Dando apoyo al sostenimiento y desarrollo de los procesos de autonomía adulta. Todo ello desde un planteamiento que supere los mínimos que se han concedido a los MMNA para plantearse desde unos máximos de ciudadanía activa y plena inclusión social.

Alicia González Morán
Licenciada en pedagogía

Bibliografía

- Aubarell, G.; Zapata-Barrero, R.** (2004). *Inmigración y procesos de cambio: Europa y el Mediterráneo en el contexto global*. Icaria Editorial. Barcelona.
- Botella i Mas, M.** (2004). *Introducción a la psicología social*. UOC. Barcelona.
- Cyrułnik, B.** (2002). *Los patitos feos. La resiliencia: una infancia infeliz no determina la vida*. Gedisa. Madrid.
- Estradé i Saltó, A.** (2003). *La mirada del sociólogo: qué hace, qué dice la sociología*. UOC. Barcelona.
- Quiroga V.; Alonso, A.; Armengol C.** (CONRED) (2005). *Rutas de pequeños sueños*. Fundació Pere Tarrés. Barcelona.
- Vera, B.; Carbelo, B.; Vecina M.L.** (2006). *La experiencia traumática desde la psicología positiva: resiliencia y crecimiento postraumático*. Papeles de psicología, vol. 27 (1), pp 40-49.

-
- 1 Aubarell, G. y Zapata-Barrero, R. (2004). *Inmigración y procesos de cambio: Europa y el Mediterráneo en el contexto global*. Barcelona: Icaria Editorial.
 - 2 Quiroga V, Alonso, A., Armengol C. (CONRED) (2005). *Rutas de pequeños sueños*. Barcelona: Fundació Pere Tarrés.
 - 3 Cyrulnik, B. (2002). *Los patitos feos. La resiliencia: una infancia infeliz no determina la vida*. Madrid: Gedisa
 - 4 Vera, B., Carbelo, B. y Vecina M.L. (2006). *La experiencia traumática desde la psicología positiva: resiliencia y crecimiento postraumático*. Papeles de psicología, vol. 27 (1), pp 40-49.
 - 5 Boris Cyrulnik (2002)
-

